

## DERECHO CON AROMA A CAFÉ EN CONMEMORACIÓN DE LOS 80 AÑOS DEL IJ-UNAM

*Renato Hernández Lousstalós-Laclette\**



Recuerdo imágenes y aromas al entrar por primera vez a Jurídicas. Recuerdo, además del impacto visual del cristal, metal y piedra en hermosa amalgama (como en los grandes edificios de los años ochenta en México), la primera vista del auditorio enmarcado en grandes puertas donde tomarás el seminario que tanto esperaste, la cafetería oliendo a café fresco y vaporoso, esculturas, avisos, escaleras, arte y sobriedad, la Biblioteca escondida en un rincón, llena de luz y calidez, el edificio impone no por escala o magnitud, sino porque es evidente al primer vistazo, que es un lugar de ideas, debates y mentes brillantes.

Ser aspirante al Instituto fue un honor y un privilegio; Jurídicas es una élite de personas y pensamiento de vanguardia con sentido humanista; impone verte frente a un panel de cinco doctoras y doctores como en tus exámenes profesionales y defender tu proyecto de investigación; impacta saber que irremediamente sales observado y vapuleado en tus teorías, pero que después de todo eso, al final, alguien te dice de manera discreta... "es interesante tu planteamiento"; esa frase te alegra el alma pues sabes que quizá lo logres o no, pero que el café en las mesas del comité de ingreso, es signo de las largas horas de trabajo que anteceden a una difícil valoración y que te tomarán en serio.

Una vez como alumno, los pensamientos se atropellan con pendientes, estás francamente verde como investigadora o investigador, pero te sientes or-

---

\* Doctorando en derecho.

gulloso de pisar esas aulas, efectúas el mejor esfuerzo por dimensionar quién eres frente a los demás, irremediamente te comparas.

Cada día haces notas mentales de pasar a la Biblioteca a buscar libros para la tesis, hacer los interminables trámites del posgrado, llegar al aula para alcanzar buen lugar. Lo mejor que te va a pasar cada mañana es un tenue aroma de café que sale de una esforzada cafetera vieja, colocada sobre una mesa, en la entrada de cada seminario.

Pasan los semestres y conoces historias de colegas, metas y sueños que pronto son ejemplos para tu propia carrera; observas trayectorias similares, y tu vida se convierte en aprendizajes; aprendes humildad y que siempre hay alguien que sabe más o que tiene otra forma de ver las cosas; aprendes hermandad, aprendes a debatir entre colegas para hacer piel dura; aprendes a replantear mil veces el proyecto de investigación; aprendes que el derecho sin principios y sin justicia puede ser legal, pero no correcto ni socialmente útil; aprendes que es importante que te citen otros investigadores e investigadoras; aprendes otra vez a soñar en cómo cambiar el mundo, pero ahora con experiencia y conocimiento; aprendes a resolver diez veces el interminable marco teórico de la tesis o imaginarte la metodología a aplicar; aprendes a sobrevivir los temidos comités y a superar a la burocracia del Conacyt; aprendes debate rudo y contrastante en cada seminario; sólo puedo decir que en Jurídicas aprendes que conocimiento en tu disciplina ya lo tienes al entrar, pero que las experiencias que te alcanzan por todos lados, es lo que en realidad forjan a un investigador o investigadora.

Con el tiempo y más cafés, todas y todos nos conocemos; café al platicar en el pasillo con las grandes maestras y maestros del derecho; café al debatir con las investigadoras e investigadores en el patio central; café con las y los colegas al debatir una posible solución metodológica en la entrada del Instituto; cada diálogo es madurez para tu propia mente, devoras libros creyendo que al leer sabes más, pero en realidad, lentamente, te das cuenta que profundizar en tu disciplina ya no depende de acumular horas de lectura ni libros en tu estante, sino de tu capacidad de crear; “saber” cambia de significado; conforme avanzas entiendes que cada vez sabes menos, pero quizá, si tienes suerte y persistes puedas aportar.

Aroma de café en los patios internos, aroma de café en los cubículos del primer piso de mis tutoras o a la sombra del gran árbol que, como un tesoro oculto al lado del Doctorado del Instituto, extiende sus ramas y sombra; descubres bajo ese árbol y esa sombra, en compañía de un café, que quien hace un doctorado tiene un tipo especial de locura y que será tu época de mayor soledad.

Aroma de café cuando se te empalman dos sesiones a las que quieres entrar; café en tu termo para aguantar las tardes intensas y las noches de escritura, todo sirve. Escribes más de lo que usas y lo vuelves a escribir, acumulas reconocimientos, cursos, canas y arrugas, tratando de absorber lo más que puedes; descubres que tu memoria es finita, tomas notas interminables y literal, te acabas bolígrafos y cuadernos. También redescubres una vez más lo que ya sabías, que el café es tu mejor aliado.

Vivencias de Jurídicas como las mías, seguramente evocarán el recuerdo de brillantes juristas y científicos sociales que han forjado a México y que pasaron por el Instituto desde hace 80 años. Sólo puedo decir como alumno aún en el camino del Doctorado que, en este Instituto, tu mejor amigo será tu tutora o tutor, tu fuente de apoyo serán tus colegas, tu mayor miedo será tu comité, tu mayor reto eres tú misma o mismo, y que tu gran aliado será el café.

Quizá al final, al superar cada semestre y lograr tu doctorado, te merezcas un café, porque en serio, te lo has ganado.

Agosto de 2020.